

Hermanas de Jesús Buen Pastor – Pastorcitas

anexos

**del Itinerario en preparación
al 8° Capítulo General**

Roma – Junio de 2010

Anexos para el estudio

Para profundizar el tema capitular sugerimos fragmentos de algunas de las relaciones tenidas durante el Seminario sobre “*la cura pastoral*” que posteriormente encontrarán en su totalidad, incluso las notas que por motivo de espacio fueron suprimidas, en las Actas del Seminario.



De “*Los fundamentos bíblicos de la cura de almas*” del P. Giacomo Morandi

Vasija y no canal

La cura de almas es ante todo la obra de Dios. Es Dios quien cuida de sus hijos, también cuando y **sobre todo cuando** ellos se alejan. La primera alianza da testimonio de esta *compasión maternal* de Dios. El ministerio profético hace memoria de esta fidelidad incondicional de Dios a lo que Él es: amor fiel e inagotable. La historia recomienza siempre con un acto de gracia que no sólo restaura la condición anterior, sino que abre a horizontes siempre más grandes de esperanza.

¡La *compasión* de Dios es Jesucristo! Los discípulos viviendo con él aprenden lo que significa *cuidar*: entregar la propia vida sin condiciones. Quien acepta *gastarse* no pone reservas y no impone vínculos. El cuidado pastoral no es, de hecho, el lugar de la propia *realización*, sino *diaconía pascual*. El estar involucrados en la misma *compasión* de Cristo exige que el discípulo mantenga viva la gracia de su llamada y aquella experiencia de salvación que él mismo ha experimentado antes que todos.

Si éste es el punto de referencia que en ningún caso va redimensionado, las modalidades de este servicio permanecen necesariamente abiertas, para no ser víctimas de los *propios proyectos* y de las *propias capacidades*. El magisterio de Pablo y de los grades santos evangelizadores confirma inequívocamente que sobre las modalidades es necesario dejar a Dios la primera y también la última palabra.

El cuidado de las almas es cuidado de toda la persona y no de una parte de ella. Debe existir la convicción que la propuesta cristiana es un camino integral de crecimiento: es la transfiguración del ser humano.

El cuidado pastoral exige que el evangelizador *cuide de sí* y particularmente de su relación con Cristo, para no correr el riesgo de que a fuerza de predicar a los otros, él mismo sea descalificado (cf. 1Cor 9,27). Las palabras en este caso mordaces de San Bernardo representan una advertencia permanente:

“Por esto si eres sabio te demostrarás vasija y no canal. El canal casi instantáneamente recibe y enseguida derrama, en cambio la vasija espera hasta rebosar, y así comparte, sin daño propio, lo que es sobreabundante [...]. Hoy de verdad hay en la Iglesia muchos canales y bien pocas vasijas. Aquellos que derraman sobre nosotros los arroyos celestes tienen una caridad tan grande que quieren infundir antes de haber recibido la infusión, más dispuestos a hablar que a escuchar, listos para enseñar lo que no han aprendido, impacientes por dirigir a otros, ellos que no saben gobernarse a sí mismos”.



De “**PEDRO Y PABLO: apóstoles de Jesucristo y pastores de su Iglesia**”
de la Hna. Elena Bosetti

Nosotros consideramos a Pedro y Pablo como testigos y modelos de un apasionado seguimiento de Jesucristo que se concreta en el “cuidar” de su rebaño, de su pueblo. Son íconos vivientes de un grande e inseparable amor por Cristo y por la Iglesia. Y por esto precisamente, con esta oración quiero comenzar: *¡Santos Apóstoles Pedro y Pablo, enséñennos el amor a Cristo y a su Iglesia!*

No hay duda que Pedro y Pablo han sido dos grandes *enamorados* de Jesús, cada uno en forma diferente, pero los dos hasta el *martirio*. Pablo, “aferrado” por Jesucristo, no puede dejar de “predicarlo”. Se siente obligado a comunicar el Evangelio a todos. Para él *vivir* es Cristo (Flp 1,21) y su “cuidado” no puede ser otro que éste: que la Iglesia (y cada uno de los bautizados) viva en Cristo, viva de Cristo, viva con y por Cristo.

Con Pedro no es distinto, al que Jesús rehabilita en el amor confiándole el cuidado pastoral de toda la Iglesia, de sus ovejas y de sus corderos. Y es bello notar que la última palabra del Resucitado a su discípulo a orillas del lago de Galilea es precisamente “¡sígueme!”. El mandato pastoral está colocado al *centro* de la estructura del texto, entre la interpelación respecto del amor y el imperativo del seguimiento: ¿Me **amas?** – **apacienta** (cuida de mis corderos/de mis ovejas) – **sígueme** (Jn 21, 15-19). (...)

A. EL “CUIDAR” DEL APOSTOL PABLO

Reconocer a Pablo el estatuto de “pastor” significa darse cuenta que el Apóstol no se preocupa solamente del momento inicial constituido por el *kerigma*, del anuncio del Evangelio, sino también de la fase sucesiva que tiene que ver con los efectos de este anuncio, e implica el crecimiento y la formación de la comunidad cristiana. Afirma valientemente James Dunn: “Pablo” no ha hablado sino como **pastor**. Su teología es una teología viva, una teología práctica en todo y por todo”.

1. Pablo da a luz la comunidad cristiana “en la debilidad” (...)

Pablo da a luz la comunidad en plena sintonía con el Evangelio que anuncia, en la lógica del misterio pascual, en humildad y debilidad. Su modo de “cuidar” copia las huellas del Cristo.

Permítanme hacer una *anotación*: también al inicio de nuestra Congregación y muchas de nuestras aperturas misioneras se han hecho así, en humildad y debilidad humanamente hablando. El Padre Alberione decía que es necesario comenzar “desde Belén”, es decir, en pobreza y debilidad humana. Para que aparezca que la obra es realmente del Señor y se apoya en su gracia. Pero es necesario que este criterio “fundacional” continúe utilizándose... (...)

2. Tres metáforas de Iglesia

Evidenciamos antes que todo la importancia de la palabra “iglesia” (*ekklēsia*) presente 62 veces en las cartas paulinas (sobre un total de 114 veces en el NT). Esta palabra, ya cargada de valor teológico en la Biblia, expresa bien la conciencia que la comunidad cristiana tiene de sí: ella sabe que es la comunidad escatológica de Dios, cumplimiento de las expectativas del Antiguo Testamento y judaicas” .

En el destinatario de la Primera carta a los Corintios encontramos la fórmula *ekklēsia tou Theou*, “iglesia de Dios” (1Cor 1,2), un genitivo que aparece también en 1Cor 10,32;

11,16.22; 15,9; 2Cor 1,1; Gal 1,13, un genitivo de *pertenencia* y, antes aún, de *dependencia causal*, en el sentido que Pablo ve la “iglesia” como evento de la acción de Dios en Jesucristo.

Por otra parte, hay que notar que para Pablo la “iglesia de Dios” es signo **local y pluralista**: “cada grupo cristiano que se reúne en asamblea litúrgica es para todos los efectos *ekklēsia tou Theou / tou Christou* (iglesia de Dios / de Cristo / en Cristo).

Cristo Señor comunica su vitalidad a la Iglesia. Y en la medida que tal vitalidad es recibida se da un cristificación de la comunidad y una irradiación de la vitalidad de Cristo al externo, sobre las demás personas y sobre el cosmos (tema que es desarrollado en Efesios y en Colosenses). Pablo tiene un sentido vivísimo de la Iglesia, es uno de los temas que más le apasiona. (...)

a. Campo de Dios (...)

La comunidad cristiana es creación de Dios, no de uno o del otro (de Pablo o de Apolo). El Apóstol se autocomprende como “un servidor” (la 2Cor desarrollará posteriormente el tema de la *diakonia*). Pero el servicio supone un “patrón” que asigna y distribuye los diversos trabajos.

Pablo y Apolo no son ni patronos ni señores sino “colaboradores de Dios” que los ha tomado a su servicio por el bien de la comunidad. Juntos son *diakoni*, “servidores” (aunque en modo diferente). Notamos la *reciprocidad*: al “nosotros somos” corresponde el “ustedes son”.

Por lo tanto el Apóstol ve la Iglesia como el campo agrícola de Dios, un campo que pertenece exclusivamente a Dios y que es cultivado a través de la colaboración de los varios servidores. Pero al final es sólo Dios quien hace crecer su plantación.

Teniendo como fondo esta metáfora se pueden entrever las imágenes bíblicas que hablan de Israel como propiedad y viña del Señor, un viñedo escogido, particularmente amado y bien cuidado (cf. Is 5,1-7; Sal 80,9-16). Pablo retoma la imagen de la tierra cultivada dejándola abierta; no está interesado en precisar el tipo de plantación, si es frutal, viña u otro, en cambio aclara otro aspecto, decisivo para la eclesiología paulina: la apertura a los gentiles. Campo del Señor es “la iglesia de Dios” que pone al mismo nivel Israel y los gentiles. (...)

b. Construcción de Dios / Templo del Espíritu

A la imagen agrícola, Pablo pone enseguida otra coordinada con el mismo verbo: *Theou oikodomē* “construcción de Dios” (1Cor 3,9b).

Se trata de una construcción en sentido activo, una construcción que se está haciendo, una especie de “obra en construcción”. Por lo tanto no una “casa” ya bella y terminada, sino un edificio en construcción. Notamos los verbos de acción: poner los fundamentos, construir encima, construir con varios materiales (valiosos o no). (...)

La Iglesia de los orígenes comprendió que el cuerpo de Cristo (crucificado-resucitado) es en definitiva el lugar salvífico de la presencia de Dios. Comprendió que la resurrección del Señor ha sido el re-alzarse de su *cuerpo-templo* no hecho por mano de hombre (Gv 2,21; Mc 14,58). El Resucitado inaugura una nueva humanidad habitada por el Espíritu de Dios (Rm 8,1-30). Quien vive en Cristo se vuelve templo de Dios, morada del Espíritu.

Y nuevamente aparece aquí fuerte la unión entre **eclesiología y pastoral**. Pablo de hecho no está haciendo especulación teológica, sino tomando en consideración una realidad eclesial marcada por el pecado, en neto contraste con la vida bautismal, cristiana y pneumática. Él reaviva la conciencia de ser “templo de Dios” para reclamar la coherencia ética.

El ser en Cristo significa y comporta ser habitados por el Dios viviente, por su santo Espíritu. Pero esta divina presencia está sucia por el comportamiento inmoral de algunos bautizados, de quien está personalmente manchado por el crimen del incesto (rechazado por los mismos paganos) y también por quien con tal crimen se manifiesta de acuerdo, por una comunidad permisiva, que no condena tal comportamiento (como en cambio hace el Apóstol). Pablo es un pastor que cuida, y esta carta a los Corintios lo revela de manera eminente. Es necesario vivir de manera coherente con el Bautismo, que nos ha hecho “criaturas nuevas” en

Cristo, habitación de Dios, su templo santo. Y precisamente el **cuerpo** está en juego, nuestro modo de vivir en el mundo, en relación con los otros. La sexualidad no es una cosa aparte, accidental o indiferente. Se necesita vivirla como bautizados, en el amor y en la santidad. En otras palabras, la conciencia de ser “templo de Dios/del Espíritu Santo” requiere santidad de vida, honestidad y pureza en las relaciones. Es precisamente a este nivel, sobre el plano existencial, que se juega la vida en el Espíritu y el “culto agradable a Dios”.

c. Cuerpo de Cristo

La concepción de la Iglesia como “cuerpo de Cristo”, animado por un único y mismo Espíritu y dotado de muchos miembros con funciones específicas que contribuyen a la vitalidad y al bienestar de todo el organismo, es típicamente paulina. ¿Dónde entierra las raíces? Ya en el encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco, el Apóstol intuye que Jesús no se puede separar de su Iglesia. De hecho le dijo: “¿Saulo, Saulo, por qué me persigues?” (At 9,4-5). Cristo y sus seguidores forman un solo cuerpo, como el esposo con su esposa (cf. Ef 5,21-32).

También Menenio Agrippa sabía que la sociedad es “un cuerpo” y le escribe un elogio en su famoso apólogo. Pero la idea de Pablo no es simplemente que la Iglesia es un “cuerpo”, sino que “es cuerpo de Cristo”. Su argumento parte de una **premisa** de carácter cristológico: “Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo” (1Cor 12,12). El Apóstol – comenta Vanhoye – “contempla la persona de Cristo y ve en ella toda la eclesiología”.

No es solo cuestión de buen funcionamiento organizativo, de “sana corporación”. Aquí se da una realidad profundísima, trascendente y carismática. La Iglesia es “cuerpo de Cristo” por obra del Espíritu Santo. Es la energía del Espíritu que da vida al cuerpo eclesial; es el Espíritu que actúa como principio activo de la constitución de los bautizados en solo cuerpo.

Espíritu y cuerpo son vistos por Pablo en una profunda sinergia: “En un solo **Espíritu** hemos sido todos bautizados, para no formar más que un **cuerpo**, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1Cor 12,13). Por lo tanto es en virtud del Espíritu que la Iglesia es “cuerpo” de Cristo. Es el *creator Spiritus* que hace de los bautizados “un solo cuerpo (*sōma*)”, que hace de los muchos y diversos una sola persona en Cristo.

Nótese la afinidad de 1Cor 12,13 con Gal 3,27-28: “Todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo. Por lo tanto, ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque **todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús**”.

El Espíritu no trabaja sólo externamente sino en la profundidad del corazón: es Él quien “calma la sed” de los creyentes, es Él quien confirma la adopción filial gritando en nosotros “Abbà, Padre” (Gal 4,6; Rm 8,15). Vitalizados por el Espíritu de Cristo los varios miembros constituyen la unidad orgánica (unidad en la diversidad/pluralidad) que trascendiendo el aspecto socio-organizativo encuentra una adecuada expresión a nivel carismático y ministerial.

El mismo Espíritu preside la distribución de los *carismas* en función del bien común. Se da una estricta conexión entre **carismas y ministerios**. El *no compartir* en la perspectiva de Pablo constituye una actitud de injusticia. Nada de **soberbia carismática**, sino al contrario un **cuidarse mutuamente**. Y por lo tanto: *del sentido de pertenencia a la corresponsabilidad*.

• Reciprocidad del “cuidarse”

Pablo declara: “todos los miembros **sean mutuamente solidarios**” (1Cor 12,25). Podemos ver aquí cómo todo el recorrido argumentativo en definitiva actualiza el mandamiento evangélico del amor recíproco (Jn 13,34). Este aspecto ha sido bien examinado por Borek en su tesis doctoral. Escribe el Apóstol:

“Si un miembro sufre todos los miembros con-sufren (*sympáschei*);

y si un miembro es honrado todos los miembros con-goza (*syncháirei*)” (1Cor 12,26).

El verbo *sym-paschō* indica estar involucrados en el dolor, en el sentido concretísimo de sufrir los daños provocados por él. Por lo tanto si un miembro sufre todos lo deben de algún modo *con-sufrir*. En la carta a los Romanos la actitud de compasión se expresa también exteriormente, a través del llanto, evidenciando el valor del sentimiento: “Lloren con los que lloran” (Rm 12,15). Hay una reciprocidad entre debilidad (enfermedad) y salud. Los débiles ofrecen su necesidad de cuidado y atención. Ofrecen a los sanos la oportunidad de ejercitar los varios carismas. Si no se diera la ocasión para la manifestación de los carismas particulares, no se descubriría nunca su belleza y grandeza. Si faltara el discípulo con su ignorancia no aparecería en todo su esplendor el carisma del maestro, si non hubieran enfermos no se revelaría la preciosidad del carisma del médico, de quien tiene el don de cuidar y sanar...

No *despreciar* al otro y *cuidarse los unos a los otros*: he aquí **dos reglas** que se han convertido en el estilo de vida de Pablo y que él ofrece como solución de los problemas eclesiales.

- **Nuevo modo de pensar**

También en la carta a los Romanos, Pablo recuerda que “todos nosotros formamos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros” (Rm 12,5). Y esta enseñanza está precedida por una formidable indicación: “No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, **transfórmense** (*metamorphousthe*) interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom 12,2).

Es necesario dejarse “trans-formar” (el verbo usado es el de la transfiguración de Jesús). Se necesita una “renovación” (*anakainōsis*) de la mente (*nous*), un nuevo modo de ver y de juzgar las cosas, una mirada diferente de la historia y del mundo. Una nueva forma de vivir las “relaciones”: respeto y valorización de las diferencias en orden al bien común, vivo sentido de la comunión (*koinonia*) y de la fraternidad, capacidad de *synergia*, valorizando al máximo el aporte de cada uno. “Amen con sinceridad – escribe el Apóstol –. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos” (Rm 12,9-10).

B. EL “CUIDAR” DEL APOSTOL PEDRO (...)

1. En relación vital con la Santísima Trinidad

La identidad de la comunidad cristiana está especificada ante todo por la singular relación con el Padre, el Espíritu Santo y Jesucristo. Se diría que la 1Pedro no sabe ver a los cristianos sino en relación con la Santísima Trinidad. Ya en el destinatario de la carta se explicita la relación con cada una de las tres divinas personas divinas: “elegidas” según la “pre-ciencia” (*pro-ghōsis*) quiere decir según el *proyecto* de **Dios Padre**, “en la acción santificadora del **Espíritu**, para obedecer a **Jesucristo** y ser rociados con su sangre” (1Pt 1,1-2).

¡Teológicamente densa y original esta orientación *trinitaria*! Notemos que el Espíritu es nombrado aquí al centro. La acción del Espíritu Santo guía la revelación cristológica de la salvación y toda la obra de la evangelización. En los profetas, el Espíritu ha *pre-testimoniado* el misterio pascual: la pasión y la gloria del Cristo (1,11), y por otra parte es en el “Espíritu Santo” que se nos ha anunciado el Evangelio (1,12).

Enseguida nos sentimos envueltos en un clima de alabanza y de estupor: “Bendito sea el Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien, por su gran misericordia, mediante la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha reengendrado a una *esperanza viva*, a una *herencia*... reservada en los cielos” (1,3-4).

La certeza de ser partícipes de la misma vida del Resucitado llena de alegría a los creyentes, aún si son probados por el sufrimiento. Dos veces resuena el verbo “exultar” el

mismo del Magníficat. Es la alegría de quien ama y cree en Jesús aún sin haberlo visto, la alegría de quien está caminando hacia la meta de la fe: “**la salvación de las almas**” (1,9).

Pedro anima a vivir conforme con la vida bautismal (1,13-25), como hijos “obedientes” (= nacidos de la escucha de la Palabra) y hermanos que se aman con verdadero corazón. (...)

El estilo de Pedro: animar dando testimonio

El “testigo de los sufrimientos de Cristo” (5,1) no habla de arriba hacia abajo, no se apoya sobre razones de autoridad, sino más bien anima la esperanza reavivando la conciencia de la gracia, del don recibido, de la vida bautismal. Anima a no escapar de la situación difícil, alienta a “estar” en la situación en la cual se encuentra y a estar allí con los sentimientos de Cristo.

En esta carta aparece un Pedro bien diferente de aquel que se expresa en los Evangelios, que ponía resistencia al camino de la cruz (Mc 8,31-33; Gv 18,10-11). El Pedro del cual esta carta recoge el testimonio es un hombre *convertido*, que ha sabido acoger el fortalecimiento del Resucitado y su testimonio (Jn 21,15-19). Como consecuencia él exhorta a sus hermanos a contrastar la violencia del mal con la fuerza persuasiva del bien, con la mansedumbre y el amor, a ejemplo de aquel que “al ser insultado, no respondía con insultos: al padecer, no amenazaba” (1Pt 2,23). Es necesario sacar fuerzas del ejemplo de Jesús para continuar en la praxis del bien, siempre y en cualquier lugar.



De “Teología y acción pastoral: una visión orgánica” del P. Marko Ivan Rupnik

Para hablar de la teología pastoral como visión orgánica, nos preguntamos ante todo: ¿Qué es la teología? La teología entra en el discurso del conocimiento de Dios. Conocer a Dios, poder pensar con Dios, o hasta pensar como Dios. Pero la cuestión del conocimiento de Dios no es una cuestión abstracta o filosófica, se trata del conocimiento de un Dios tripersonal. Se trata de llegar, en fin de cuentas, al conocimiento de Dios Padre. Y cuando digo Dios Padre, es claro que se trata de conocer una persona; ahora, una persona no se puede conocer si está ausente. Para conocer una persona debe estar presente, entonces si se quiere conocer a Dios, Dios debe estar presente en nuestra vida; y si se quiere aprender a pensar con Dios, es necesario tener, de alguna manera, acceso a su modo de pensar y de operar. Para esto no basta una contemplación griega, hecha de lejos, es necesario entrar adentro. Porque una persona puede estar presente, pero si no comunica no la conoceremos; entonces cuando se dice que Dios debe estar presente para conocerlo, no es suficiente que pensemos en tener junto a nosotros una estatua de Dios, o una idea, debe ser propiamente Dios.

Pero las tentaciones son tantas: es mucho más fácil decir que se piensa conocer a Dios, que conocerlo verdaderamente. Es mucho más fácil que nosotros manejemos a Dios, porque existe casi un pánico, después del pecado narrado en el tercer capítulo del Génesis, de admitir que Dios sea verdaderamente libre y no sujeto a nuestras elaboraciones. Es bastante difícil admitir que Dios sea Dios, que Dios sea libre. Justamente algunos días atrás un sacerdote alemán me decía que no comprende por qué ahora se insiste en que los profesores de teología sean creyentes. De por sí no es necesario: si Dios no es Padre sino cualquier otra cosa, lo puedo conocer teóricamente, como conozco el agua o el árbol, pero no puedo conocer a Dios Padre.

Y es por esto que desde hace algunos siglos estamos equivocando el camino; porque hemos sabido decir muchas cosas sobre Dios, pero Dios Padre ha desaparecido de nuestro

horizonte: y cuando uno no tiene el Padre está perdido. El padre es la relación fundante, es el punto de referencia, es lo esencial. Si yo conozco la naturaleza de la mesa, conozco todas las mesas del mundo; si sé que mesa quiere decir una superficie y un tronco suficientemente grande sobre el cual apoyar la superficie, sé que esto es una mesa; no existe mesa que salga de estos parámetros, entonces cuando conozco la naturaleza de la mesa conozco todas las mesas del mundo. Pero si yo conozco a Juan no conozco a todos los Juanes del mundo, porque Juan es una persona. Para conocer a Dios es necesario conocer propio este Dios, no otro, propio la persona de Dios Padre. Este es un umbral tan fuerte que poquísimos lo superan. La gran masa de los así llamados creyentes se contenta con alguna pálida idea, de alguna divinidad genérica, pero no es ésta la fe en el Dios de Jesucristo. Para ser verdaderos creyentes es necesario conocer este Dios Padre, no cualquier otra entidad genérica.

Para la teología es fundamental tener una relación verdadera, fuerte, esencial con Dios Padre. Quien no la tiene, como decía Platón, que el P. Spidlik citaba siempre, no hace teología sino meteorología, es decir habla de las cosas, no de las personas. Y porque por mucho tiempo hemos hecho meteorología en lugar de teología, dijimos: dado que no se sabe muy bien cómo son las cosas de allá arriba, es mejor que nos concentremos en las cosas de aquí abajo, y entonces nos hemos concentrado en esta de abajo. Y ahora estamos prácticamente iguales a todo el mundo en torno a nosotros. Debes tomar una lupa para encontrar una pequeña diferencia entre un presunto creyente y un pagano, porque los dos son prisioneros de este mundo de aquí abajo y buscan organizar, más o menos, un paraíso sobre la tierra, con alguna pequeña diferencia, pero a grosso modo es igual. Así nació una gran competencia entre la Iglesia y el mundo, porque la Iglesia busca correr detrás del mundo y de hacer mejor las cosas de este mundo, pero perderá la batalla al ciento por ciento, porque no hay nada de totalmente nuevo.

(...)

Ahora competimos con el mundo para ver quién es más filántropo, quién es más justo, quién es más libre, quién logra un sistema escolástico mejor, quién logra hacer esto o aquello otro. Después en la noche alguien viene, como aquella vez fueron de Felipe a decirle: “¡Nosotros queremos ver a Jesús!” (cf Gv 12,21) Y nosotros no seremos capaces de responder como Felipe sino que diremos más o menos: “¡También nosotros lo queremos conocer!” Y la gente nos dirá: “¡Pero nosotros pensábamos que ya lo habían visto!”. “No, solamente hemos sentido hablar de él”. La cosa empeora cuando viene alguno que nos dice: “Nosotros queremos conocer al Padre”. Quedamos confundidos porque estamos demasiado ocupados en tener en pie la enorme máquina organizativa horizontal que hemos inventado, ¡y no tenemos ningún conocimiento espiritual! Apenas abrimos la boca los que están alrededor nuestro sienten que hablamos de una cosa que no conocemos. Como dice Macario el Grande: Es muy ridículo escuchar a uno que quiere explicarnos la dulzura de la miel, y se comprende que nunca la ha comido. Quien tiene un padre, quienquiera que sea, si comienza a hablar de él, se sabe enseguida si es verdad o no es verdad, si habla por lo que ha escuchado o porque ama una persona.

(...)

Recuerden el capítulo 17 de Juan: “Esta es la Vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu Enviado, Jesucristo” (cf. v. 3). Este conocimiento es la vida eterna, porque nosotros participamos de esta vida de Dios y no tenemos ninguna otra vida, tenemos sólo la de Cristo, porque también esta nuestra vida, heredada de nuestros padres, está ligada a la muerte, esta sangre de nuestros padres perecerá, mientras nosotros recibimos una vida ligada a la sangre de Cristo. Una vida totalmente diversa.

La teología, por lo tanto, debe ser familiar con estas cosas, y si será así la teología, lo será también automáticamente la pastoral, ipso facto, porque la pastoral está justificada sólo si es revelación, si revela algo, de otra manera es una violencia cultural. Tanto es cierto que hoy se tiene miedo de hablar de la evangelización, porque de hecho se asemeja siempre más a una violencia cultural. En ciertos continentes, un poco peligrosos como Asia, no se habla más de evangelización, sino que se habla de presencia. Por ejemplo en India, en los países

musulmanes, se dice “somos una presencia”, mientras la evangelización es otra cosa, es una revelación, así como Cristo. El objetivo de la vida en Cristo es revelarnos al Padre, así como también el objetivo de nuestra vida. La contemplación de Dios significa compartir la vida de Dios, participar de su amor, al modo de Cristo, vivirlo al modo de Cristo, realizarlo según el modo de Cristo, y esto sin el Espíritu Santo no es posible, parece que ninguno lo ha logrado nunca.



De “*La pastoral como cuidado del rebaño. Referencias teológico-pastorales*”
del P. Giovanni Villata

Madurar una mentalidad pastoral diferente

¿Cómo contar la historia de Jesús de Nazaret de tal modo que siempre sea más formativa para el hombre de hoy, globalizado, secularizado, des-ideologizado?

Propongo a su reflexión crítica las siguientes consideraciones para evaluar juntos si son efectivamente útiles para el servicio del rebaño que se nos ha confiado.

Ante todo es necesario activar en cada uno de nosotros un cambio de mentalidad y no sólo hacer ajustes, que parecen “tela nueva sobre un vestido viejo”. Cada cambio, en cualquier campo que se quiera realizar, exige la “renovación de la mente” (Rom 12, 2). Siempre, pero con mayor razón, en un tiempo dominado por aquellas que Spinoza llamaba “pasiones tristes” (no tristeza de llanto, sino época de la impotencia y de la disgregación) se necesita de alguna manera tener un “sueño”, una pasión, una utopía, la certeza – y no es poca cosa – que la tristeza se puede superar... certeza a perseguir con los pies bien puestos a tierra (sin pesimismo pasivo y optimismo imaginario). La configuración del futuro, depende en buena parte de lo que seremos capaces de hacer en el presente.

Se trata de alcanzar un estilo de pensamiento y de acción – un estilo en el narrar a Jesús – distinto, marcado por la prioridad de la Palabra escuchada, celebrada y vivida, una superación definitiva del individualismo y del eficientismo pastoral.

El cambio de mentalidad no es un proceso simple porque exige nuevas motivaciones, es decir, de nuevas energías que empujen a actuar en la nueva dirección.

Hoy en día se buscan nuevos caminos, pero ninguno parece del todo convincente. Sin embargo, ya estamos proyectados, queriendo o no, dentro del cambio que se está dando.

Es decir, no debemos correr detrás de esta situación de “movimiento” pastoral porque ya estamos en él.

Es un hermoso momento porque nos empuja a la creatividad, invita a confiar más en el Espíritu. pone en estrado de búsqueda, ayuda a superar las tentaciones de omnipotencia... pero es también un momento problemático. Se sabe bien lo que se ha dejado (el modelo tridentino, la parroquia autárquica y autosuficiente, la figura del ministro más bien sagrado, la formación segura a través del modelo asociativo único por años y más difundido, es decir la Acción Católica...), pero no se es capaz de individuar lo que se debe poner en marcha.

Se sabe también que no se puede contentar solamente con arreglos. Al mismo tiempo, se perciben en sí mismo y en los demás resistencias no indiferentes.

¿Cómo hacer?

Valorizando las experiencias en acto más significativas, y siguiendo las reflexiones más abiertas a la praxis, creo que se pueden realizar *algunos pasajes* de mentalidad que conducen a modos de actuar distintos y más fieles a las referencias indicadas anteriormente.

Los propongo con mucha humildad, intentando estimular la reflexión y las opciones más adecuadas para una pastoral que permita narrar hoy más eficazmente la historia de Jesús:

- El primer pasaje sugerido por la eclesiología conciliar es: *del aislamiento individualista a la relacionalidad positiva* como estilo de vida y de pastoral . (...)
- El segundo pasaje es: *de una pastoral autoreferencial, pragmática y repetitiva, a una que se distinga por el discernimiento comunitario y la creatividad.* (...)
- El tercer pasaje consiste en: *de una pastoral que crea iniciativas a una que cree sentido de pertenencia.* (...)
- El cuarto pasaje postula el movimiento *de una pastoral fundada sobre la eficiencia a una fundada sobre la “vida en Cristo” o sobre la espiritualidad cristiana.* (...)
- El quinto pasaje – casi el resultado esperado de los anteriores – es *el abandono de una concepción de Iglesia marcada por la “visibilidad” por una Iglesia presente entre la gente, libre, humilde y pobre* en el narrar la historia de su Señor junto con la propia. (...)



De “**La Triple Obra**”

de la Hna. Suzimara Barbosa de Almeida

Para hablar de la Triple Obra en el P. Alberione la premisa de base, es que no podemos separar nunca nuestro “hacer” pastoral de nuestro “ser”. El Fundador nunca separaba nuestro ser de nuestro actuar. De hecho, ya en el primer programa que él dio al Instituto, se puede evidenciar cómo estas dos dimensiones están unidas entre sí. Al presentar la finalidad del nuevo Instituto escribía: “Primera finalidad.– La gloria de Dios y la propia santificación **viviendo de Jesús Buen Pastor**. Segunda finalidad. – Cooperar y servir al celo de los Pastores de almas, con una **triple acción**”.

El Fundador siempre colocaba el cuidado de sí mismas como condición esencial para poder cuidar del pueblo confiado a nosotras. Sus intervenciones sobre este tema son abundantes en la predicación hecha al Instituto. (...)

Triple oficio pastoral – Alberione a las Pastorcitas

Para nombrar las actividades que las SJBPs deben realizar, Alberione recurre siempre al esquema ternario y lo denomina: tres especies, tres tipos de obra, tres medios, tres partes, tres puntos. Para cada una de las partes, desde el “primer programa”, usa los nombres ya consagrados: **instrucción cristiana, formación cristiana, santificación cristiana**. Es la misma nomenclatura que aparece también en las Constituciones de la Congregación entregadas en el año 1947. En la “tercera obra”, aparece una variedad de nombres, todos unidos con la dimensión de la santificación: culto, oración, piedad, liturgia, práctica del culto sagrado. Al interno de cada una de las partes Alberione añade poco a poco nuevas actividades y descarta otras, pero el esquema ternario permanece siempre el mismo.

Para fundamentar esta división ternaria, Alberione recurre al trinomio Cristo Camino, Verdad y Vida, y en las pocas ocasiones que se remite a Cristo profeta-sacerdote-rey, lo une al trinomio descrito anteriormente, diciendo que ésta ha sido siempre la misión de la Iglesia, por esto menciona también el trinomio dogma-moral-culto. Otro fundamento para la triple división de las obras es el texto de Mt 28,19.

Se percibe también que la división instrucción-formación-santificación sirve al P. Alberione para designar tanto el oficio del sacerdote como el de las Hermanas. “Sacerdotes y Hermanas deben hacer tres cosas: instrucción, formación, santificación”. Lo que cambia son

las actividades propias y que competen una vez a uno otra vez a las otras decidir, y que sin embargo se mantienen en profunda correlación”.

El esquema ternario sirve a nuestro Fundador como una especie de marco dentro del cual él coloca todas las obras que son importantes en la misión de la Pastorcita; por esto, poco a poco, deja de lado el elenco de las obras presentes en los primeros documentos, dado que en la instrucción-formación-santificación entran todas las actividades necesarias en la misión pastoral.

Sabemos cómo muchas de las actividades pastorales son difíciles de delimitar para entender a cuál de las partes pertenecen; existe, de hecho, una fuerte interrelación entre los tres aspectos. La catequesis, por ejemplo, aunque se coloca en la instrucción cristiana, exige también una formación cristiana que debe conducir necesariamente a la santificación cristiana, en práctica llevar a “vivir” los sacramentos. Por esto el esquema ternario es una forma de pensar, un modelo para englobar el todo, y el P. Alberione entendió bien la indicación; por esta razón deja enseguida el elenco de las obras pero conserva la división ternaria, a la que nunca renuncia.

Un claro ejemplo lo tenemos en el año 1959. El Fundador, no estuvo de acuerdo que del texto constitucional se hubiera quitado la división ternaria y continuó utilizándola, haciendo caso omiso de las correcciones del texto. Esto no pareció solamente un capricho, o fruto del estudio de los manuales de su época; el modelo ternario es esencial en la misión en cuanto se refiere a la misma misión confiada a la Iglesia, y que las Pastorcitas, por vocación, están llamadas a realizar en colaboración con los pastores y los laicos.

Por este mismo motivo, aún Alberione no se queda en una actividad o en otra; el elenco de las obras para llegar a la “totalidad” no es cerrado, sino que permanece abierto a las diferentes situaciones y lugares. Él mismo admite la posibilidad de añadir siempre nuevas actividades, porque “las Pastorcitas deben ser elásticas”, saberse adaptar a cada época para escoger las actividades que mejor facilitan el cuidado de las personas y de las comunidades.

En síntesis, la triple obra delimita la misión del “cuidado de almas” en la Iglesia, en la cual predomina el anuncio, la guía de las almas y la santificación.

Queda todavía por aclarar otro aspecto: ¿Dónde entra en el esquema ternario la dimensión social, caritativa, utilizada en la nomenclatura actual de la Iglesia? Viendo la enseñanza del Fundador, podemos afirmar que él ha encaminado las Pastorcitas también en este sector como “cuidado” de los más necesitados de la Parroquia, excluyendo siempre las instituciones estables. La mayor insistencia en este sentido, se tiene sobre todo en los años 50, pero ya se había mencionado en el primer programa, así como en los textos de las Constituciones en la parte de la “formación cristiana” pidiéndole a las Pastorcitas, el estar atentas a este aspecto, mientras que en los últimos años parece insistir más en la obra de la instrucción cristiana.

Por lo tanto, todo lo que es inherente a la misión salvífica de la Iglesia, hace parte del carisma de las Pastorcitas. Podemos constatar que pedagógicamente Alberione, a lo largo de toda su enseñanza a las SJBP, irá ampliando el elenco de las actividades, de manera que todo lo que él concebía como “cuidado de almas” en la Iglesia fuese realizado por las Pastorcitas. De aquí nace su insistencia en recordar a las Pastorcitas que no van a una parroquia para esta o aquella actividad, sino para toda la pastoral. Para el P. Alberione este “todo” nace de considerar al Cristo total (Verdad, Camino, Vida) que debe ser anunciado a todo el ser humano: cuerpo, alma, espíritu. Cristo ha estado atento a todas las dimensiones del pueblo al cual fue enviado, la Pastorcita por lo tanto debe hacer lo mismo. Pero nunca puede perder el horizonte escatológico de la vida. Nacimos de Dios, a Dios regresamos. Cuando Alberione sostiene que debemos cuidar la vida “espiritual” de las personas, no excluye el cuerpo, él afirma que también hay que cuidarlo, pero también sostiene que no podemos hacer, diríamos hoy, sólo filantropía, sino hacer el bien. La caridad material es necesaria porque la persona es una integralidad; sin embargo, la vida cristiana no se detiene aquí, va más allá, hacia la vida plena, eterna, a la cual debemos llevar el pueblo que nos ha confiado como Jesús Buen Pastor lo ha hecho.

En el P. Alberione no hay, como hemos dicho desde el inicio, separación entre el estar con Dios y el estar con la gente. Ayudar el cuerpo y ayudar el alma. Cuidar de sí y cuidar del pueblo. Si vemos el esquema ternario como unidad de la misión salvífica de Cristo, que se expresa en la pluralidad de las dimensiones (instrucción-formación-santificación), veremos que se trata de no perder la visión global en una actividad: dar todo el Cristo a toda la persona, y también dejarse conducir por Jesús Buen Pastor para poder conducir su pueblo, nutrirse de Él para poder alimentar a aquellos que se nos han confiado. No podemos perder esta unidad expresada ya por Alberione en su Primer programa: vivir de Jesús Buen Pastor y dar a Jesús a través de una triple obra.

En realidad, las actividades no son nada más que un transbordar de la profunda relación con Jesús Buen Pastor.



De *“La Pastoral en la Familia Paulina”* del P. Silvio Sassi

2. La pastoral de la Familia Paulina después de Alberione

2.1. El P. Alberione ha participado del Concilio Vaticano II (1962-1965) enviando sugerencias para su preparación, estando presente en las diversas asambleas e interpretando los frutos del Concilio en relación al carisma paulino. «En el Concilio Ecuménico Vaticano II la palabra que resonaba más en la Basílica de San Pedro es esta: “pastoral, pastoral”, es decir: llegar a las almas, salvar las almas e inventar nuevos medios» (Vademecum 1202).

Por lo tanto, no sorprende que él encuentre en el Vaticano II la suprema aprobación de todo su empeño fundacional, sobre todo del apostolado de la imprenta, que tiene un carácter pastoral: “La actividad paulina es declarada apostolado junto a la predicación oral, declarada de alta estima delante de la Iglesia y del mundo” (San Paolo, diciembre de 1963) y la misma convicción repetirá en 1968 (cf. San Paolo, marzo de 1968).

Resta todavía explorar de qué manera cada una de las Instituciones y la entera Familia Paulina han asimilado, en las convicciones y en la práctica, la riqueza del Vaticano II. No faltan iniciativas ejemplares (para la Sociedad de San Paolo, el Capítulo General especial de 1969/1971), pero la convicción, transmitida por el Primer Maestro y compartida por la mayoría de los Paulinos de siempre, que finalmente la Iglesia había llegado allá donde el empeño pionero paulino había llegado hacía tiempo, unta da tempo, transmitió también la certeza que no había tanta necesidad de “actualización”. Por decenios, me parece, tantos y tantos Paulinos han vivido “sobre los laureles” del reconocimiento de la Iglesia y no se dieron cuenta que la comunidad eclesial del post Concilio ya se había puesto en marcha de nuevo. El riesgo fue de ponerse en retaguardia.

(...)

2.3. Para vivir una fidelidad creativa también en la pastoral, nosotros Paulinas y Paulinos, debemos **conocer** bien la herencia recibida y **actuar**, en las ideas y en la práctica, los cambios necesarios requeridos por el objetivo **pastoral** que nos ha fijado el Fundador de “dar Dios a los hombres y dar los hombres a Dios, en Jesucristo” (Vademecum 1205), pero “los hombres de hoy, no los de dos siglos atrás” (cf. Vademecum 382).

2.3.1. El P. Alberione, hijo de la Iglesia y del mundo de su tiempo, pone como fundamento de la pastoral de sus Instituciones una **eclesiología** de tipo **teórico** (pastor-rebaño, centrada en el celo por el cuidado de las almas) y de más amplia realización práctica (pastor

que fa en busca de las ovejas que están afuera, con la ayuda de colaboradores y colaboradoras, preocupándose por la salvación de la totalidad de la persona).

Podemos preguntarnos cómo, en base al desarrollo de las ideas y de las iniciativas eclesiológicas verificadas del Vaticano II hasta hoy, la pastoral de la Familia Paulina ha elaborado una **nueva reflexión eclesiológica** que haga progresar, profundice y mejore aquella recibida del Fundador. No se trata, ciertamente, solamente de cambios terminológicos, sino de un cambio de convicciones teológicas.

La pastoral del P. Alberione apoya sobre una cierta idea del “sacerdocio ministerial” al cual se asocia el “quasi-sacerdocio” de los Discípulos paulinos, de las Hermanas Paulinas, de las laicas y de los laicos consagrados en la secularidad, y de los colaboradores. ¿Cómo hemos sabido repensar y re-expresar estas certezas con la abundancia de las reflexiones de las que disponemos hoy sobre el sacerdocio ministerial y sobre el sacerdocio común? ¿Cómo hemos hecho progresar una pastoral centrada sobre el protagonismo del sacerdote hacia una pastoral confiada a la comunidad? ¿Cómo hemos pasado de una eclesiología jerárquica a una eclesiología de comunión en la Familia Paulina?

Para responder a la pregunta si y cómo la Familia Paulina ha hecho progresar la concepción teórica y práctica de eclesiología del P. Alberione, debemos observar todos los advenimientos donde se **elabora un pensamiento** (Capítulos Generales, magisterio de los Superiores generales, Capítulos provinciales y Asambleas regionales, seminarios internacionales, cursos de formación, reelaboración de la normativa, etc.). Este análisis debe ser completado con la observación de nuestras actividades apostólicas **concretas**: a veces éstas completan o integran el pensamiento elaborado, otras veces lo confirman o lo contradicen.

Siendo parte de la Iglesia con un carisma específico, es importante también saber en qué modo la **comunidad eclesial** evalúa nuestro pensamiento y nuestras obras a nivel de eclesiología. La contribución original dada por el carisma paulino a las comunidades eclesiales en las cuales vivimos, encuentra su síntesis en la eclesiología porque en ella se integran la espiritualidad y la misión específica.

2.3.2. Desde siempre, pero de manera especial desde el Vaticano II en adelante, toda la actividad pastoral es la expresión de la identidad y de la única misión de toda la Iglesia: **evangelizar**. La Iglesia “existe para evangelizar” (EN 14), afirma Pablo VI; Juan Pablo II refuerza diciendo: “La Iglesia o es misionera o no es ni siquiera evangélica” (13.05.1986) y es necesario “re-fundar sobre una base misionera nuestra pastoral en la moderna sociedad industrial” (01.06.1989).

El P. Alberione escribe: “El mundo tiene necesidad de una nueva, amplia y profunda evangelización” (UCBS, 1926). Juan Pablo II, el 9 de marzo de 1983, en Puerto Príncipe, usó por primera vez esta expresión diciendo: “Una nueva evangelización, nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”.

Podemos preguntarnos si la pastoral de la Familia Paulina ha tomado en consideración, meditado y aplicado a sí misma la indicación de una **nueva evangelización**, en el ardor, en los métodos y en la expresión.

Para tener instrumentos de respuesta a estos interrogantes, podemos observar la calidad de nuestra **fe personal** y de la **fe de nuestras comunidades**: ¿es una fe tan intensa que se transforma casi automáticamente en misionera? ¿Cultivamos una espiritualidad misionera? ¿Qué espacio ocupa la inquietud misionera en nuestra oración, en nuestros Ejercicios, en los retiros, en los programas de formación continua?

Podemos, además, observar los contenidos y los métodos de todas nuestras etapas formativas y preguntarnos si la formación integral tiene como objetivo formar el apóstol y la apóstola, o, en el mejor de los casos, un religioso o una religiosa “genéricos”.

Aún el modo de pensar y de vivir la vida comunitaria es espejo de una fe encerrada en sí misma o abierta a la misión: “También para nosotros la vida en común nace del apostolado

y está orientada al apostolado” (UP I, 285). Nuestros votos religiosos deben ser pensados, presentados y vividos en perspectiva misionera con nuestro carisma.

La evangelización no es sólo el objetivo de la programación de actividades apostólicas, sino que debe dar el “color” a todos los aspectos de nuestra vida religiosa paulina. La importancia misionera crece en el momento en el cual la Iglesia programa una “nueva evangelización” a nivel universal.

2.3.3. Frente a la progresiva descristianización de las masas, el P. Alberione escribía ya en 1915: “La Iglesia Católica es indefectible, y de la Palabra del Evangelio no caerá ni siquiera un ápice: sin embargo, la Iglesia y el Evangelio poseen una admirable facilidad de adaptación a los tiempos y a los hombres” (DA 318-319). Dando inicio al Vaticano II, el beato Juan XXIII afirma: “Una es la substancia, o sea la verdad, de la antigua doctrina del depositum fidei, y otra – permaneciendo el significado doctrinal – es la formulación de su revestimiento” (11.10.1962).

Podemos preguntarnos en qué modo la pastoral de la Familia Paulina ha pensado y actuado, en vista de una nueva evangelización, el proceso **de la inculturación**, no sólo de la fe, sino también del carisma paulino mismo.

Para encontrar elementos de respuesta podemos observar cómo han sido integrados en nuestras convicciones y en nuestras opciones operativas cuanto el Magisterio universal afirma sobre la inculturación, y sobre todo, las orientaciones y los proyectos de las **Iglesias continentales** y de las **Iglesias locales**..

Como porción de Iglesia perteneciente a varios niveles de comunidades eclesiales, no podemos considerarnos una isla con una vida independiente, sino que somos llamados a integrar todas las dimensiones de nuestro carisma en la Iglesia.

2.3.4. La pastoral de la Familia Paulina se ha desarrollado de una célula madre, **el apostolado de la imprenta**, que en el 2014 celebra los cien años de existencia en la Iglesia. Por voluta del Fundador, **todas** las Instituciones de la Familia Paulina están involucradas, de diversas maneras, en la “predicación medial”: con la oración de reparación, el ofrecimiento de los sufrimientos de la vida, con la promoción vocacional, con la colaboración o con un empeño a tiempo completo en los varios aspectos de la evangelización en la comunicación, que constituye una verdadera novedad de vida religiosa en la Iglesia.

Tomando como punto de partida la aprobación del decreto conciliar Inter Mirifica (04.12.1963), la celebración anual de la jornada mundial de las comunicaciones sociales (01.05.1967) y la publicación de Communio et Progressio (23.05.1971), toda la comunidad eclesial progresivamente ha tomado conciencia de la necesidad de evangelizar en la comunicación con la comunicación, sea con documentos del Magisterio universal que con iniciativas pastorales de alto relieve en las Iglesias continentales.

La célula madre del carisma paulino, desarrollada en la totalidad de la pastoral de la Familia Paulina, continúa ofreciendo a la Iglesia una contribución de pensamiento y de acción pastoral con el constante reclamo a los **destinatarios**.

En el proceso de evangelización con la comunicación es necesario que haya **contenidos** para comunicar, **autores** de comunicación, **medios** que permitan expresarse en los varios **lenguajes**; indispensable resta el **público** que determina el **modelo de comunicación** adecuado a utilizarse. El proceso comunicativo de la pastoral paulina está motivado por la experiencia de Cristo, pero para ser misionero funda todo su proyecto sobre los destinatarios, entendidos no como “receptores” pasivos de un mensaje, sino como “interlocutores” que participan de un diálogo.

La pastoral de la Familia Paulina debe interesarse en la comunicación de hoy no sólo porque desde su origen está injertada en la originalidad de la “predicación escrita junto a la predicación oral”, ni sólo porque toda la comunidad eclesial hoy se mueve en este ámbito, sino sobre todo por el hecho que hoy la comunicación, sobre todo digital, es un **ambiente de vida**, un **modo de existir**, un **estilo de estar en el mundo** que impregna todo y a todos.

Toda nuestra gran espiritualidad, nuestros meticulosos proyectos formativos, comunitarios y apostólicos, serán verdaderamente estériles e inútiles si no tienen en cuenta aquellos a los cuales queremos ofrecer nuestro testimonio de manera comprensible. Pentecostés no es un milagro por los oídos de los oyentes, sino por la capacidad de hablar los idiomas de los apóstoles: “En la actual pluralidad cultural, es necesario vincular al anuncio las condiciones para su recepción” (Pontificio Consejo para la Cultura, Para una pastoral de la cultura, 23.05.1999, n. 25).